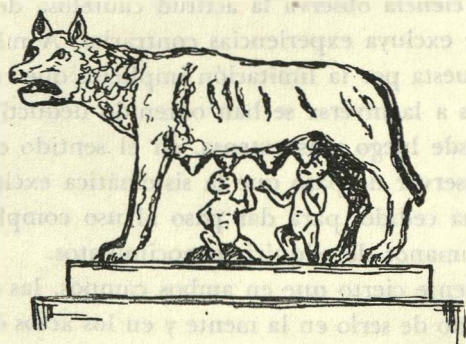


rio tener presente para evitar el resultado advertido por Russell. Este error consiste, en la justificación de los medios de expansión de una doctrina, en función del grado de confianza en su certeza. Pero estamos en presencia de un juicio ético, posterior al juicio lógico mediante el cual adherimos a una proposición. Supuesta la honestidad en el acto de adherir a una verdad, la consecuencia anotada por Russell no tendría como causa el acto inteligente de creer en la verdad de un juicio, sino el error o falsa apreciación posterior en la manera de obtener que nuestra certeza sea compartida. Esta equivocación respecto de la licitud en los medios de convicción es la que conduce al fanatismo y a sus indeseables consecuencias. Pero nadie sería honrado si le atribuyera vitandas secuelas a un credo, respecto del cual estas sólo constituyen su negación en no pocas ocasiones.

Así se torna comprensible el hecho de que las más admirables conquistas de la inteligencia y de la fe, llamadas a responder a los interrogantes insolutos con que se angustia Russell en sus *Ensayos impopulares* hayan sido motivo de que equivocados apóstoles y sicofantes, las hayan convertido en fuente de incontables males para la humanidad en continua y defraudada expectativa. Fe y fe robusta e ilustrada, no menos que honestidad intelectual es lo que requerimos. Es por demás consolador que en la *Influencia de la técnica en la sociedad* el mismo autor demande la adhesión optimista a las soluciones que esboza, como condición fundamental para su logro.



Cultura y Civilización

Por ARGEMIRO MESA GARCES

“Así como una doctrina sólo tiene necesidad de ser definida después de la aparición de una herejía, una palabra no necesita de esta atención mientras no haya sido degenerada por el uso impropio.”

Thomas Sterne Eliot.

En verdad que sobre un tema tan humanístico y digno como este, cualquiera, medianamente preparado, quisiera hablar y exponer lo que siente en su interior cuando evocamos términos tan nobles y sublimes, producto de nuestra época moderna, como son cultura y civilización.

Ellos rememoran aquella época del siglo XVIII cuando el romanticismo filosófico y literario invadió los jardines del espíritu y de una filosofía objetiva y realista como la del medioevo, y después la materialista y sensualista de Locke y Condillack, pasó, por reacción espontánea y natural, por una de aquellas antítesis encomiables en la historia, mediante las cuales el espíritu logra desencadenarse de la pura materialidad y volver al paraíso de su grandeza y espiritualidad, a una filosofía idealista, altruista y casi sobrehumana.

Es verdad que en épocas antiguas los términos existían más o menos exactamente iguales en su forma material, pero nunca estuvieron tan grávidos y fecundos ideológicamente como cuando Kant, Wolf y Buriot se empeñaron en divulgarlos por Alemania y toda Europa, pese a que el término civilización era considerado como un neologismo.

Los sinónimos más corrientes eran: progreso, luces, época de la razón, etc., todos los cuales reflejan maravillosamente aquella euforia ideológica del romanticismo. Sin duda que los ojos atónitos de los más insignes humanistas contemporáneos, miraban con asombro y con alegría a la vez la pleamar ideológica, entusiasta y original y buscaban entonces un término más preciso y significativo que el de Filoso-

fía, Ciencia y Literatura, cada uno de los cuales era incapaz de cargarse todo el significado que quisieron darles a las palabras cultura y civilización especialmente.

Pero resultó con estas palabras lo que con muchas otras (libertad, democracia, humanismo, filosofía, ciencia, etc.) Es tal la naturaleza de los objetos a que hacen referencia, que el carácter abstracto, universalista y significativo que envuelven impide llevar de ellas un concepto claro y definido. Y ésta la única razón que yo encuentro para explicar por lo menos la confusión con que estas palabras se usan comúnmente, y no sólo en forma inconsciente sino detenida y meditada como lo comprueba el decir de T. S. Eliot cuando escribe: "No he tratado en este ensayo de señalar el límite entre los significados de estas dos palabras, pues llegué a la conclusión de que un intento semejante sólo puede producir una distinción artificial, propia del libro, que el lector tendría dificultad en retener, y que, luego de terminar la lectura, abandonaría con alivio. Empleamos una de las palabras, con bastante frecuencia, en contextos donde la otra serviría igualmente bien; hay otros contextos en que evidentemente corresponde uno solo de estos términos; más no creo que esto deba ser motivo de preocupación." Este concepto no lo compartimos con el pensador inglés pese a su mucha autoridad en la materia, pues como veremos a continuación, cultura y civilización se diferencian específicamente aun cuando se asemejan genéricamente. Mejor dicho no son términos opuestos, pero tampoco, idénticos. Tienen una misma base (los fenómenos humanos) se complementan, pero se diferencian formalmente.

Para entrar mejor en materia, vamos a hacer un estudio un poco más detenido de cada uno de los dos términos.

CIVILIZACION

La etimología latina enmarca este concepto dentro de un recinto urbano y nos da por lo tanto la impresión inmediata de una colectividad. Siempre que oigo decir *ciudadano* pienso en una comunidad. Dante usa el término *civiltade* en el sentido de convivencia en una sociedad civil o estado social. De aquí saca la necesidad de una autoridad soberana.

Civilización es un término de contenido totalmente humano y únicamente humano. Fuera del espacio radicado alrededor del hombre, es imposible hablar de civilización. Pero hasta aquí, apenas he-

mos trazado en forma muy general el concepto de civilización. El padre Leonel Franca dice: "¡Civilización! He aquí una palabra rica en significaciones complejas y de resonancias emotivas y, talvez, por eso mismo, un tanto refractaria al rigor de los análisis precisos." "Escrita casi siempre con letra mayúscula, equivalía entonces a la perfección ideal de la vida humana en la sociedad." En estas últimas palabras nos da el citado escritor una determinación más: civilización dice esfuerzo hacia una perfección ideal de la vida humana colectiva. No se trata pues aquí de aquellas formas de convivencia rudimentaria y natural, en que el hombre vivía de lo que la naturaleza fecunda y benévola le daba sin ningún trabajo. La civilización comienza donde empieza el esfuerzo humano, guiado por su inteligencia a buscar un *modus vivendi* más cómodo y más holgado. Todo acto de interacción social cuya finalidad sea la comodidad individual o colectiva es un acto civilizador. Por esta razón se emplea el término civilización para señalar oposición al estado de barbarie. Es la diferencia entre la naturaleza con todas sus fuerzas ciegas y el potencial humano con su inteligencia y su libertad. Civilización equivale a dominar la naturaleza.

Existen dentro de toda colectividad organizada ideales fijativos de pautas a seguir para una mejor convivencia entre sus asociados. La palabra civilización envolvió en sus comienzos un ideal de perfección que se manifestaba "en el desenvolvimiento de las ciencias, de las letras, y de las artes, en la prudencia equilibrada de las instituciones políticas y sociales, mantenedora de la justicia y de la paz, en la perfección exagerada de ademanes y delicadeza en las maneras corteses y refinadas" y en todo aquello en que la actividad humana desarrolla su capacidad intelectual, sus sentimientos, voliciones e intereses. Pero este es un sentido subjetivo del término civilización. Tiene otro significado científico y objetivo cuando se refiere a toda aquella gama de fenómenos económicos, políticos, sociales y morales, considerados objetivamente. Y sirve entonces para expresar el ambiente vital que circunda a una colectividad mediante las instituciones religiosas, jurídicas, culturales, que influyen en la vida del conglomerado. Cada grupo social posee su sistema de convivencia familiar, sus formas de culto, sus doctrinas religiosas, sus leyes determinadas, su filosofía, y la peculiar manera de expresar sus sentimientos estéticos, morales y religiosos; todo este conjunto de posibilidades físicas y espirituales colectivas es lo que se llama civilización. "Habrá, pues, tantas civiliza-

ciones, coexistentes en el espacio o sucesivas en el tiempo, cuantos sean los tipos suficientemente diferenciados de existencia social.”

Como elementos decisivos en las civilizaciones debe considerarse, el medio geográfico y el racial sin llegar a los extremos de Ratzel y de Gobineau quienes defienden respectivamente el determinismo geográfico y racial. Finalmente el medio artístico, científico y filosófico es otro elemento característico y específico de una civilización. Las concepciones eticometafísicas en especial son las que diferencian esencialmente una civilización de otra; por esta razón las civilizaciones inglesa, italiana, francesa y alemana son apenas variaciones de una civilización específica, la occidental.

CULTURA

Su significación etimológica circunscribe un mundo formado por valores, distinto del mundo natural. Cuál de estos mundos sea superior, fue el interrogante angular de la sofística griega. Los cínicos se aferraron a todo aquello que era propio de la naturaleza y por eso consideraron la cultura como “el signo de la corrupción y de la decadencia”. “La lucha contra la cultura —dice Ferrater Mora— como la lucha contra lo artificioso y antinatural era más bien la lucha contra aquel mundo cultural que rebasaba las posibilidades del hombre, que, en vez de cumplir la misión de salvarle, lo ahogaba y lo amenazaba.” Pero esta valoración de sentido práctico y realista se enfoca en el siglo XVIII en forma ontológica sobre estos dos campos a los cuales corresponden determinaciones propias e irreductibles, sin dejar por ello de averiguar sus proyecciones prácticas en la vida corriente. Entre los protagonistas de lo que podríamos llamar la Filosofía de la cultura sobresalen Hegel, Nietzsche, Dilthey, Windelband, Rickert, Simmel, Spengler, Spranger, Scheler, N. Hartman y otros.

Desde este punto de vista la cultura está formada por objetos que llevan algún valor agregado por el hombre. Los objetos de la cultura pueden ser naturales como el mármol de una estatua o solamente objetos desprovistos de algo natural y de contenido valorativo como son los mitos, las religiones, etc.

El esfuerzo humano con su libertad e inteligencia se apodera de las cosas, las cambia, las modifica, las hace útiles, les da un valor. Por eso un objeto cultural puede tener estas dos partes: una posibilidad natural y una cualidad dada por el hombre. Leonel Franca dice: “Un campo baldío donde crece el desorden, cardos y hierbas venenosas;

he aquí una posibilidad natural. El mismo campo limpio, regado, con árboles fructíferos o mieses amarillas, es una tierra cultivada.” Y en forma muy semejante se expresa Emmanuel Berl: “Para Spengler —dice— una cultura nace cuando cierto paisaje —el valle del Nilo, por ejemplo, o la región entre el Sena y el Mosa— que constituían parte del ámbito, irrumpe de pronto en la historia.” Y continúa Leonel Franca: “Transportad la analogía de la tierra cultivada a nuestra vida superior y tendréis el origen de la metáfora que de la utilización de la tierra transfirió ese término al desenvolvimiento del hombre. También en el dominio del espíritu existe una gran posibilidad de la naturaleza; la psicología humana con toda la riqueza de sus virtudes patentes en el orden intelectual, afectivo, y práctico. A este tesoro natural aplicad el esfuerzo de la actualización: el resultado es la cultura. El hombre *cultivado* es el que desarrolló sus capacidades originales; el primitivo o bárbaro, aquel que las dejó en el estado nativo.”

Cultura pues, es el desarrollo de este potencial humano que cada ser lleva, el desenvolvimiento de nuestras capacidades, es la educación en cuanto ésta significa, sacar de nuestra interioridad toda la perfección de que seamos capaces; por eso se dice que una persona es culta, cuando su naturaleza superior ha alcanzado un desarrollo casi total en todos sus aspectos. Insisto en el concepto, naturaleza superior, pues la órbita de la cultura no es puramente pragmática como podría serlo la de la civilización. La acción de la cultura se desenvuelve de preferencia en la región de los sentimientos, del espíritu y de los ideales. Para ser cultos habremos de perfeccionar nuestras facultades estéticas, morales e intelectuales y no las puramente físicas. Es verdad que en la escuela de la terminología didáctica hace tiempos se matriculó el término cultura física, pero siempre para comprenderlo, habrá que determinarlo con el adjetivo *física*.

La noción de cultura por sí sola nos lleva a regiones que solamente caen bajo el dominio del espíritu del hombre como son las ciencias, las artes, las buenas maneras, las formas morales, todo aquello en fin que especifica y determina al hombre. “Cuando pronunciamos la palabra *cultura* pensamos en una cualidad del espíritu, del juicio, y del sentimiento.” Eliot agrega: “La cultura puede hasta ser descrita simplemente como aquello que hace que la vida valga la pena de ser vivida.”

Quiero insistir en que cultura sólo hay en el desarrollo general y casi total de todas las posibilidades espirituales del hombre y de la

colectividad. Según esto, no es culto el artista que sólo es artista, el científico que nada sabe de religión, filosofía y arte; el especialista que con brillantez domina un pequeñísimo concepto de la ciencia universal, pero que ignora totalmente todo lo demás. Ni tampoco "aquellos océanos de conocimientos con un centímetro de profundidad". La persona culta es a nuestro parecer, aquella que tiene las nociones fundamentales y generales de todo lo que interesa y compete directamente a la inteligencia del hombre. Es una persona que vive sus creencias y opiniones y que hasta en los más mínimos detalles de la vida personal, refleja el dominio intelectual que posee del universo. En esta forma el término *culto* es un término selectivo, noble y digno de personas superadas que según Ortega y Gasset son tan raras y escasas en nuestra época dado el sinnúmero de especialistas tecnificados. Podríamos hablar de cultura personal y en esta forma el término estaría tomado en sentido subjetivo y significaría el esfuerzo individual de perfección de cada cual.

También podría hablarse de cultura social o colectiva y se entendería todas las manifestaciones del grupo humano, el ambiente que lo rodea. Las instituciones que estimulan el esfuerzo personal cultural, las obras artísticas y literarias que traducen toda la valentísima pujanza, y tendríamos entonces lo que se ha llamado cultura objetiva. Y así decimos la cultura grecorromana, la cultura oriental, etc.

Finalmente quiero distinguir entre cultura y civilización. Para O. Spengler, cultura y civilización son, en el proceso de formación social, dos facetas análogas a la virilidad y a la decrepitud en el proceso de evolución biológica. La cultura indica la fuerza, la pujanza creadora, el estado de vida en que una raza produce más de lo que consume. Es su verano y su otoño. Mas en el destino de una cultura sobreviene fatalmente el triste invierno. Esta fase final es la civilización, caracterizada por la cortesanía de las maneras, por el lujo y por el urbanismo que desordena la unidad del organismo étnico para diluirlo en un estado amorfo de mezclas raciales.

Para otros cultura es el dominio personal, civilización el dominio del universo. Foerster dice: "Civilización es disposición exterior, técnica de la naturaleza, expansión de innumerables exigencias. Cultura es subordinación de cada una de las necesidades individuales a las fuerzas espirituales de la vida."

Para el Padre Leonel Franca, civilización y cultura se diferencian lo mismo que el todo y la parte. Las dos ideas no son distintas ni menos antagónicas.

Nosotros creemos que tanto la cultura como la civilización tienen bases idénticas y que uno y otro concepto se entrelazan a veces. Por esta razón no aceptamos en su totalidad la tesis de Spengler. Tanto la cultura como la civilización son obra del hombre, ambas lo perfeccionan y le ayudan a adquirir su último fin. Pero estos dos conceptos (cultura y civilización) se diferencian en su actuar, en su finalidad y en su objeto. Se diferencian en su actuar, pues cuando el hombre civiliza, pone en juego toda su personalidad. En tanto que cuando hace cultura, se desenvuelve únicamente en la esfera del arte, del conocimiento o del espíritu en todo caso.

Se diferencian en su finalidad, pues la civilización busca una vida más social, más cómoda. La cultura en cambio busca solamente la necesidad de satisfacer nuestras facultades artísticas, nuestra curiosidad científica, nuestras capacidades intelectuales.

Se diferencian en su objeto porque la civilización crea o modifica cosas materiales y bienes que el hombre necesita. La cultura en cambio crea o modifica cosas que valen por sí y de las que el hombre no ha menester con necesidad absoluta como son, por ejemplo, las diferentes manifestaciones artísticas.

